

ber el suceso, me ordenó que le relevase, y esta es la causa de que yo me encuentre aquí en estos momentos.

Y así diciendo, salió de la habitación, dejando á los prisioneros abandonados á su dolor.

Capítulo LVII.

Una sorpresa agradable.

Tres dias habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir á nuestros lectores, y los prisioneros de Nazatcolan se hallaban sumidos en la mayor desesperacion, porque veian lo imposible de poner término á sus sufrimientos.

Catalina especialmente exclamaba:

—No me importa morir. Lo que siento es no poder cumplir la mision que me habia traído á estas lejanas tierras.

Francisco de Garay trataba de tranquilizarla, por que como ya hemos dicho, veia en la esposa de Cortés un poderoso auxiliar para sus ambiciosos proyectos.

Barbadillo, á pesar de su serenidad proverbial,

empezaba á decaer su espíritu, y todo hacia creer que si aquella situacion se prolongaba no todos podrían arrostrarla.

Cuando más abatidos estaban, cuando empezaban á acariciar la idea de poner término á tantos sufrimientos por medio del suicidio, oyeron golpes en uno de los muros que formaban su prision, y al proximarse al punto que producía aquel ruido, vieron con sorpresa que se desprendía una enorme piedra, y que por la abertura que se formó penetraba una india, que radiante de hermosura y embellecida por el cansancio, al hallarse en su presencia les dijo:

—Nada temais; he oido todo lo que habeis hablado, y vengo á salvaros.

Quedáronse asombrados contemplándola, y la india, repuesta algun tanto de su cansancio, añadió:

—He jurado vengarme de Nazatcotlan, y arrojando mil peligros he llegado hasta aquí con el propósito de proporcionar vuestra evasion, exigiéndoos en cambio que me ayudeis á realizar mi empresa.

—¿Quién sois?—preguntaron los prisioneros, bendiciendo á la Providencia, que tan oportunamente les enviaba á la bella india.

—Soy Lizajaya, la esposa del soberano de Panuco, la mujer que imperaba en este país, la que era acatada y respetada por todos, y que hoy vive triste, errante, con el corazón desgarrado por la infamia de que ha sido víctima, por el perjuicio de uno de vuestros compañeros.

Y al pronunciar estas palabras centelleaban los

ojos de Litzajaya, sus manos se crispaban, y una mortal palidez cubrir su frente.

—Sí,—prosiguió la india después de una breve pausa;—yo amaba á Velazquez de Leon, y habia oido de sus labios la confesion de que correspondia á mi amor; yo acariciaba la idea de ser su esposa, y ante este deseo que me embriagaba, ante esta ilusion que trastornaba mi mente, aconsejada por la pasion que despertó en mi alma la gallardía, la apostura, la mirada de fuego de ese infame, lo sacrifiqué todo: patria, honor, religion, y ¡qué más! hasta sacrifiqué á su cariño la vida de Naothael, mi esposo.

Al oir aquella confesion, no pudieron menos de estremecerse los españoles.

La vehemencia con que hablaba Litzajaya, el acento de su voz, la palidez que cubria su rostro, todo indicaba en ella que era presa de una febril agitacion.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella estancia.

El asombro y el espanto se pintaban en todos los semblantes.

La india continuó:

—Yo confiaba en las mentidas palabras de Velazquez de Leon, y habiamos formado el proyecto de que cuando muriese mi esposo Naothael y me aclamasen por soberana de Panuco, él se enlazaria conmigo.

—Para que él no tuviese que abjurar de su religion, yo le ofrecí abrazar la suya.

En el momento en que mi esposo dejaba de exis-

tir, cuando más necesaria me era la presencia de mi amante, sin que yo sepa la causa, me abandonó.

Los dioses, irritados contra mí, para castigar mi perjuicio, despertaron en Nazatcotlan la idea de proclamarse rey de Panuco.

Los teopixques, indignados por mi conducta, sublevaron al pueblo en contra mía, y la que podía haber sido reina y señora de Panuco, y compañera feliz y cariñosa de Velazquez, vió un día asaltado su palacio por las tropas de Nazatcotlan, muertos á aquellos de sus servidores que aun le eran adictos, se oyó maldecir por los que sucumbían, y un momento despues, execrada, envilecida, insultada, por los que momentos antes acataban hasta sus menores caprichos, fué conducida al teecali para ser sacrificada en aras de los dioses.

—¿Y cómo pudiste librarte del sacrificio?—preguntó Francisco de Garay.

—Uno de los teopixques se interesó en mi favor, y proporcionándome una de sus vestiduras, me facilitó el medio de evadirme.

—Pero ¿cómo habeis llegado hasta aquí?—preguntó á su vez Catalina.

—Hace diez años,—prosiguió Litzajaya,—vivía en este palacio un anciano venerable, llamado Ulbatthionek. Se hallaba prostado en el lecho, y me mandó llamar.

Me presenté, y apenas me hallé en su presencia, me indicó que necesitaba hablarme á solas.

Hice señal á uno de los servidores que me acom-

pañaban para que se retirase á la estancia inmediata, y quedé á solas con el anciano.

Debo advertiros que desde mis primeros años me dediqué al estudio de las plantas, y que conozco las virtudes medicinales de todas las yerbas.

Despues de cerciorarse el anciano de que estábamos solos, y antes de que yo tuviese tiempo de preguntarle qué me quería, con misterioso acento:

»—Litzajaya,—me dijo,—te he mandado venir, no solo por que necesito los auxilios de tu ciencia, que ya sé que es mucha, sino por que tú puedes prestarme un gran servicio, que hará tu fortuna y me evitará al mismo tiempo los remordimientos que amargarían los últimos días de mi existencia si llegase á sucumbir.

»—Hablad,—le dije.

»—Tú sabes que de mi matrimonio con Ibarica no he tenido sucesión.

»Hace un año paseaba yo por el bosque inmediato á la caída de la tarde, cuando de repente hirió mi oído un grito desgarrador.

»Acudí con presteza al punto de donde partía, y vi á una pobre mujer que huía despavorida de un enorme jaguar, que ya iba á darle alcance.

»Sin reflexionar el peligro que corría, descargué mi maza sobre la cabeza de la fiera, que bañándose en sangre y lanzando horribles gemidos, cayó en tierra.

»Le asesté dos ó tres golpes más, y cuando me

convencí de que estaba muerto, corrí á prestar auxilio á aquella desventurada.

»La infeliz estaba desmayada, y en su paroxismo se pintaba aún el terror de que se hallaba poseída.

»Hice que aspirase unas hojas de zalihuaco, y un momento despues recobró el sentido.

»Cuando volvió en sí me halló á su lado contemplándola con avidez, porque era hermosísima.

»Sonrió melancólicamente al verme, y vertiendo abundantes lágrimas:

»—¿Por qué me habeis salvado la vida?— exclamó con tristeza.

»Esta exclamacion indicada que le era odiosa la vida, y deseando saber la causa de su desesperacion le expliqué desahogase sus penas.

»—¡Oh! ¡Aun parece que la estoy viendo!

«Bajando sus hermosos ojos, que velaban negras y rizadas pestañas, agitándose convulsivamente su seno, con una pena que aumentaba su hermosura:

»—No me compadezcáis,—dijo,—porque harto merezco las desventuras que sobre mí pesan.

»Yo vivia feliz al lado de mis padres, cuando un dia se fijaron mis ojos en los de un indio, que por su gallarda figura, por su mirada de fuego, me impresionó vivamente.

»El debió notar mi turbacion, y aprovechándose de ella se acercó á mí y me dijo:

»—Antholaimba, hace tiempo que en un silencio aguardaba la ocasion de hallarte á solas.

»Tu padre y tus hermanos han acudido al vecino pueblo, llamados por su cacique.

»Nuestra desigualdad de clases hacen imposible nuestra union.

»Yo te amo más que á mi vida, y si no me sigues, si no abandonas tu casa en este instante, yo mismo me daré la muerte; y cuando vuelva tu familia encontrará dos cadáveres, porque antes te mataré á ti si desoyes mis súplicas, si no hallan eco en tu corazon mis palabras.

»Habia tal decision, tal energia, tan amoroso arrebató en el acento de aquel jóven, que no me atreví á contestar.

»Sin darme tiempo á que me repusiera de mi asombro, me cogió en sus brazos y desapareció, internándose en el bosque.

»La noche la pasamos allí.

»Mi amante compañero se separó de mí esta mañana para ver si cazaba algo con que aplacar el hambre que sentíamos, y al notar yo su tardanza, salí á ver si le descubria.

Allí,—añadió Antholaimba.—yate el cadáver del que me habia jurado eterna fé.

El tigre que habeis muerto habia acabado con su vida.

»Enternecido por el relato de la india, la conduje á mi casa, en la que penetró por un subterráneo que comunica con ella.

Este subterráneo tiene entrada por un huerto que rodea esta casa.

»A mano izquierda, frente á un estanque, verás unos asientos de junco cubiertos de palma.

»El primero es giratorio, y dá entrada al subterráneo.

»Siguiendo á la derecha, encontrarás una puerta, la empujas, y te hallarás en presencia de mi amada.

»Díle que se acerca mi última hora, enséñale este anillo, y entonces ella confiará en tí y te obedecerá en todo y por todo.

—Yo escuchaba asombrada,—prosiguió Litzajaya;—no sabia qué contestar á lo que me decía el anciano.

Conocía que sus fuerzas se agotaban, y haciéndome señas para que le alargase un búcaro que tenía al lado del lecho, bebió su contenido y prosiguió:

»—Te he dicho antes que podías hacer tu fortuna, y vas á ver que no te he engañado.

»En la pieza que habita Antholaimba hay enteradas cuantiosas riquezas.

»Repártelas por mitad con ella, y tú proporciona á mi amada y á su hijo, porque has de saber que es madre, el medio de vivir fuera de aquí.

»Ahora puedes bajar por la escalera que hallarás en el ángulo izquierdo de esta habitación, y al final de ella encontrarás una puerta lóbrega, triste, y en uno de sus muros notarás un pequeña hendidura, perceptible sólo al tacto.

»Empuja con violencia, y te encontrarás en el sitio que te he dicho antes comunica con la huerta.

Sali inmediatamente á cumplir las órdenes del anciano, y dos dias despues supe habia dejado de existir.

De Antholaimba y su hijo no he vuelto á saber.

Así pues, nada más fácil que vuestra evasión.

Aprovechad los momentos, que la ocasion es propicia, y yo sólo os exijo, en cambio del inmenso beneficio que os dispenso, que me lleveis en vuestra compañía, me presenteis á vuestros compañeros, me proporcionéis un disfraz de soldado, y me conduzcáis al paraje donde se halle Velazquez de Leon, causa de todas mis desventuras. Yo os ofrezco solamente no haceros jamás traicion, y despues de hacer ver á ese hombre despiadado lo inicuo de su conducta, yo volveré á Panuco, donde aún tengo leales servidores, aunque pocos; pero que con los tesoros que guardo en el bosque inmediato lograré á mi regreso levantar un ejército que defienda los derechos que me asisten á la corona que tan villanamente me ha arrebatado Natzcotlan.

Despertóse la ambicion en el corazon de Garay al saber que Litzajaya poseia un tesoro, y por un momento cruzó por su mente la idea de arrebatársele.

Pero su conciencia le hizo ver todo lo horrible de su pensamiento, debiendo como debia su libertad á la apasionada india.

Catalina simpatizó desde luego con su salvadora, porque las dos eran víctimas del perjuicio del objeto de su amor, y aquella misma noche los españoles acompañados de Litzajaya, fueron á reunirse con los

compañeros de Garay, que demostraron el más vivo agradecimiento á la india por haber salvado á sus hermanos de la prision en que yacian.

Un momento despues se daban á la vela con direccion á Zempoala.

Capitulo LVIII.

El desenlace de un drama.

Dejemos á los navegantes entregados á sus proyectos, y volvamos los ojos al cuartel de los españoles, en donde, como recordarán nuestros lectores, quedó Ilbialbi oculto detrás del cortinaje que adornaba el lecho del ilustre conquistador, y asistamos á la escena que dió comienzo al presentarse Marina ante su amante.

Notábase en la bella india gran agitacion, y Hernan Cortés, alarmado al verla de aquella suerte, le preguntó cariñosamente:

—¿Qué ocurre, alma mia?

Ilbialbi lanzó un sordo gemido, que no apercibieron los dos amantes.

—No hay tiempo que perder, —contestó Mari-